

Roc Casagran

Ahora
que
estamos
juntos



CROSS
BOOKS

Roc Casagran

Ahora
que
estamos
juntos



CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ara que estem junts*
© del texto: Roc Casagran, 2012
© de la traducción: Ana Ciurans, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21485-4
Depósito legal: B. 17.102-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

UN ARTISTA Y UN BRUTO

Ahora que estamos juntos, Tian, ahora que al cabo de tantos años por fin estamos juntos, ya puedo decirte que eras el preferido de mamá. Siempre fue así, y puede que fuera justo, seguramente por esa propensión que tenemos las personas a querer proteger al más débil (porque tú eras el más débil de los dos), porque tú tenías una sensibilidad y una tendencia a la poesía que nunca entendí, o porque yo, a la hora de divertirme, prefería jugar a la pelota o pegarme con los compañeros, mientras que a ti te gustaba más sentarte en un rincón a contemplar el mundo en silencio. Y eso a mamá le inspiraba ternura.

—¡Me ha salido un hijo artista, y otro bruto! —le oí decir alguna vez.

Pero quiero que sepas que, a pesar de eso, te quise mucho. Sí, tú eras el protegido de mamá, pero, de refilón, yo también procuraba defenderte y protegerte de los peligros de entonces, que eran los insultos y los motes que podían haberte dirigido los otros críos que

jugaban con nosotros. Yo era alto y fuerte, el líder natural de la clase, el gracioso, el niño en el que se fijaban las niñas. Tú eras el raro, el callado, el gemelo de Tòfol, el último en ser escogido cuando se formaban los equipos para jugar al fútbol (en alguna ocasión en que no habías tenido más remedio que participar).

Habrías sido una presa fácil, con aquellas pierrecitas, el pecho hundido, la cara chupada y los ojos bizcos, uno mirando a Terrassa y el otro hacia el cabo de Creus o más allá. Pero en el colegio nadie te puso la mano encima. Eras mi hermano y a ningún compañero se le pasó por la cabeza burlarse de ti. Sabían que si daban un paso en falso, se las verían conmigo. Y yo, como sabes, era un bruto (como decía mamá), un bruto rematado con el que nadie quería pelearse en la selva de la infancia (más adelante descubrí que la vida entera lo es).

Antes de nacer ya nos vimos obligados a compartir espacios. Estoy seguro de que en la barriga de mamá me debió de tocar el rincón más holgado, te debía de robar la comida, debía de recibir las caricias de los familiares y amigos que querían tocar el bulto que mamá tenía a la altura del estómago (sí, ¡todos empezamos siendo un bulto!), pero seguro que las canciones que ella tataraba las escuchabas tú, porque yo siempre he sido un poco duro de oído para la música.

Yo salí de aquella madriguera unos minutos antes que tú, y dicen que era precioso, que enseñuida son-

reí y me puse a mamar sin problemas. Contigo, en cambio, sufrieron mucho, estuviste unas cuantas semanas entre la vida y la muerte, eras tan poca cosa que ni siquiera te atrevías a llorar, según papá porque eras canijo, según mamá porque no querías molestar, porque siempre te ha gustado pasar desapercibido.

Yo, por supuesto, fui el primero en hablar, en andar, el primero en aprender a ir en bicicleta, el primero en recibir un cachete del profesor, el primero en suspender una asignatura. Pero, pese a todo, pese a ser un zopenco en el colegio, los halagos de la familia eran para mí: «Oh, qué ojos tan bonitos tiene Tòfol, y qué alto está, ¿verdad? ¡Se parece a su padre!». Para ti había otra clase de comentarios:

—Pero ¿Tian come lo suficiente?

Y mamá siempre respondía:

—Es un niño generoso, le deja la comida a su hermano...

—¿No le harían falta gafas?

—¿Gafas? Al fin y al cabo, para lo que hay que ver... —Mamá siempre fue algo sarcástica.

Yo nunca entendí si había mucho o poco que ver, pero tenía muy claro que, puestos a escoger, prefería ser alto, guapo y tener buena vista que ser la sarta de huesos a la que mamá le contaba cuentos por las noches antes de dormir mientras yo, en la cama de al lado, ya llevaba un rato durmiendo profundamente, cansado tras no parar quieto en todo el día y deseando que fuera mañana para salir a la calle con los ami-

gos, que me venían a buscar y preguntaban por mí, no por ti. Yo era un compañero divertido, tú, una carga porque no sabías subirte a los árboles cuando construíamos cabañas ni te atrevías a tirar piedras a los gatos, porque si echábamos a correr, llegabas el último.


Supongo que, si nos pusiéramos a recordar nuestra infancia, tus recuerdos serían muy diferentes de los míos. Pero estoy seguro de que los dos destacaríamos un momento: una noche encapotada del año 1936 en que papá llegó de la fábrica, a la hora de cenar, nos hizo sentar a todos a la mesa (a ti, a mamá y a mí) y nos dijo:

—Un grupo de militares se ha sublevado contra la República.

Mamá bajó la mirada hacia el plato de sopa y se calló. Tú, por supuesto, tampoco dijiste nada. Yo sí. Me puse de pie y desde la altura de mi cuerpo de hombrecito de once años recién cumplidos grité:

—¡Viva la República!

A papá se le debió de poner la carne de gallina y debió de estar muy orgulloso de mí y de mi arranque excéntrico, pero era un hombre duro, poco acostumbrado a exteriorizar sus sentimientos, y siguió con su explicación. Y la explicación era (lo fuimos comprendiendo a medida que pasaban los días y los meses) que había estallado la guerra, que unos militares se habían sublevado y que ahora deberíamos luchar por la libertad.



Tú tosiste un poco porque ya empezabas a tener problemas respiratorios, mamá lloró un poco sin que se notara mucho, papá puso la radio y empezó a ir y venir por el piso sin hacer nada en concreto, y yo me preguntaba si aquella noche mamá también te contaría un cuento de hadas, con príncipes y seres fantásticos, o si por fin sería una historia real, con pistolas, muertos y guerra.

Porque en casa y en el país, sin que nadie lo hubiera pedido y sin que fuéramos completamente conscientes de ello, había entrado la guerra y todo estaba a punto de cambiar.

EL DÍA EN QUE FUI MAYOR DURANTE UN RATO

El día siguiente al alzamiento militar empezó tal y como habíamos previsto, sin que la política hincara sus garras en nuestros planes. Tú, Tian, la pandilla de niños que éramos entonces y yo pasamos la mañana en el bosque jugando, corriendo y arañándonos las piernas, celebrando a nuestra manera que estábamos de vacaciones y que no teníamos que ir al colegio.

Volvimos a casa a la hora de comer, y mamá nos puso el plato en la mesa, pero no nos hizo mucho caso. Se sentó al lado de la radio, la miraba fijamente (un gesto inútil, porque en la radio, que yo sepa, no se ven imágenes) y seguía las noticias con gesto de preocupación. «Todas las farmacias tienen que abrir para atender a los numerosos heridos», repetía el locutor una y otra vez.

—Mamá, ¿quién está herido? —le preguntaste con un hilo de voz.

—Nadie, hijo, no es nada... —Quería quitarle importancia—. Son cosas que pasan en Barcelona, no te preocupes, en Sabadell eso no sucederá.

Tú no te diste por satisfecho y seguiste haciendo preguntas a mamá, que te respondía con paciencia y procuraba explicarte didácticamente lo que estaba pasando. Un grupo de militares españoles había intentado dar un golpe de estado contra el gobierno de la República, pero no todos los militares estaban de acuerdo. Por eso, pum, había estallado la guerra, y en Barcelona había tiros, barricadas, defensores y opositores de la República y toda la pesca. Pero no debíamos preocuparnos porque se acabaría muy pronto.

Yo aproveché aquella charla, tus ojos desorientados y las pocas ganas de comer que siempre tenías para robarte un par de cucharadas de patatas con judías, y tú fingiste no darte cuenta.

Después de comer nos encerramos en la habitación para hacer los deberes, que tú resolvías con una facilidad sorprendente y que yo despachaba de mala gana, y, cuando aparecían expresiones difíciles, yo aprovechaba para romper el silencio:

—¿Qué quiere decir «un escollo muy grande», Tian?

Y tú me explicabas lo que quería decir «un escollo muy grande», y seguías ensimismado en tus deberes, con la buena caligrafía que siempre tuviste, porque los estudiantes modelo tienen buena letra. Y tú eras tan buen estudiante...

Mientras tanto, mamá cosía prendas (que vendía en la tienda de unos conocidos para redondear el sueldo de papá en la fábrica textil donde trabajaba

desde los catorce años), pero me di cuenta de que no cantaba como solía hacer, porque ese día no había espacio para las canciones, sino solo para la radio y las peticiones del locutor suplicando que no cerraran las farmacias.

Con las páginas indispensables del cuaderno completadas, me pareció que ya era hora de salir a la calle y reunirme con los amigos, ahora que mamá había ido un momento a casa de la vecina y no nos podía reunir. Pero tú fuiste más sensato:

—No, Tòfol, creo que hoy deberíamos quedarnos en casa. Mamá está muy preocupada, y si nos ve en casa, sufrirá menos.

Y yo, el diablillo, le hice caso al angelito que eras tú. Nos quedamos en casa, y cuando mamá volvió al cabo de mucho rato se sorprendió de encontrarnos allí. Te dio dos besos muy fuertes, y a mí también, pero un poco más pequeños.

Deambulamos por casa toda la tarde con el murmullo de fondo de la radio, y mamá refunfuñaba de vez en cuando diciendo «¡Ay, vuestro padre tarda mucho en volver de la fábrica!», pero lo decía en voz baja porque no quería que la oyéramos. Pero la oíamos, y cada vez que lo decía tú me mirabas y esperabas que te tranquilizara, pero yo me enteraba de poco y callaba.

Por fin apareció papá, lo hizo con prisas y llamando a mamá. No se dieron un beso, solo le dijo que saliera a la calle, deprisa, deprisa. Nosotros quisimos ir con ella, pero mamá nos detuvo:

—No, vosotros os quedáis aquí, ¡son cosas de mayores!

Cuando oímos que se cerraba la puerta, corrimos hacia la ventana y nos asomamos. La calle estaba abarrotada de gente que iba y venía, algunos se cubrían la cara con las manos, unos se abrazaban, y otros no hacían nada, solo miraban. Como nosotros, que observábamos sin comprender nada. No entendíamos el humo que salía por debajo de la puerta de la iglesia, y tú te asustaste mucho cuando estallaron los cristales de una de las ventanas laterales, y de repente empezó a salir un humo grisáceo muy denso y después aparecieron las llamas. En la calle, la gente se apartaba por miedo a que reventara otra ventana, había quien despotricaba contra Dios y contra los curas.

Te dije que saliéramos a verlo y me respondiste que no, que mamá nos había dicho que nos quedaríamos en casa, que de ninguna manera. Pero esta vez no te hice caso, el diablillo desoyó al angelito, y salí porque quería verlo de cerca, quería saber qué estaba pasando.

Delante de la iglesia, unos hombres quemaban imágenes de santos y vírgenes que habían sacado afuera, y lo celebraban entre risas y chistes. Parecían felices, se pasaban el porrón de vino de mano en mano. Hasta que me crucé con la mirada de papá, justo en el momento en que levantaba el porrón. Me manché toda la camisa del susto y supe que me había ganado una regañina y una zurra de las buenas. Pero

no fue así. Se recobró inmediatamente, me guiñó el ojo y siguió bebiendo, y cuando le pasó el vino a un compañero se puso a cantar sin importarle que su hijo presenciara el espectáculo. Creo que si yo hubiera conocido aquella canción revolucionaria, también la habría cantado.

Fue la primera vez en mi vida que me sentí parte del mundo de los adultos. Sí, fui un adulto de once años, no era un extraño en aquella fiesta, y fui acercándome al grupo de hombres: la iglesia ardía, traían más santos para alimentar la hoguera y cada vez había más gente.

Alguien me pasó el porrón de vino, pero no llegué a beber porque en ese mismo instante oí gritar detrás de mí:

—¿Se puede saber qué porras haces aquí, tontaina? —Era la voz de mamá—. ¡Haz el favor de volver a casa ipso facto!

Volví a casa, no sé si ipso facto o no, solo sé que mamá tiraba de mí agarrándome por la oreja mientras me reñía y que me fui a la cama sin cenar.

No me dormí enseguida, porque el corazón me latía fuerte por la emoción, y pude escuchar las conversaciones del comedor. Papá estaba eufórico.

—¡De ahora en adelante, mandaremos los obreros! ¡Ya era hora, coño! ¡Porque si nos buscan, nos van a encontrar, joder!

Pero mamá no. Ella estaba preocupada por los abuelos, sus padres, que eran masoveros en una masía del Ampurdán.

—¡Vete tú a saber qué estará pasando allí!

A ti no se te oía. Debías de limitarte a escuchar los arrebatos de papá y el sentido común de mamá. Cuando viniste a la cama, solo se me ocurrió preguntarte:

—¿Sabes lo que quiere decir «ipso facto»?